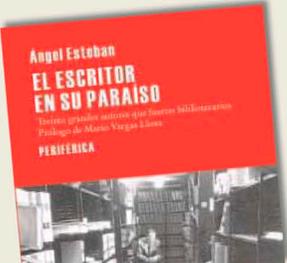


Escritores bibliotecarios

De 1955 a 1958, Vargas Llosa fue bibliotecario del Club Nacional de Lima. El y otros 29 autores protagonizan *El escritor en su paraíso* (Periférica; a la venta el 30 de mayo)



LEWIS CARROLL
El «padre» de Alicia se licenció en uno de los «colleges» más prestigiosos de Oxford, el Christ Church, en cuya biblioteca encontró empleo



HERMANOS GRIMM
Famosos por sus cuentos infantiles, Jacob y Wilhelm trabajaron en varias bibliotecas; entre ellas, las de Hesse y Marburgo



BATAILLE
Indagó a fondo en el problema del mal, pero nunca se consideró filósofo, sino bibliotecario. Su labor estuvo ligada a la Biblioteca Nacional de París



STEPHEN KING
El maestro del terror trabajó como profesor de inglés, lavadero, empleado de gasolinera... y bibliotecario de la Universidad de Maine



GEORGES PEREC
Combinó la literatura experimental con su labor como bibliotecario del Centro Nacional de Investigaciones Científicas de Francia



REINALDO ARENAS
En la Biblioteca Nacional de La Habana, a la que estaba adscrito, encontró el material decisivo para su aprendizaje literario



SOLZHENITSYN
El Premio Nobel de Literatura de 1970 pasó por numerosas cárceles y campos de concentración. Entre sus trabajos estuvo el de bibliotecario



BORGES
El argentino que imaginó el paraíso como una biblioteca fue auxiliar segundo en la Biblioteca Miguel Cané del barrio bonaerense de Almagro



ONETTI
Entre 1957 y 1975, el escritor uruguayo fue director de Bibliotecas en la División de Intendencia Municipal de Montevideo

uno de ellos era hacer de bibliotecario en el Club Nacional de Perú. El Club Nacional es una institución muy importante, es el club social más antiguo, y para mí entonces representaba a la oligarquía, la gente rica, la alta sociedad. Raúl Porras Barrenechea, el historiador para el que yo ya trabajaba, formaba parte de la directiva, era el bibliotecario, y como tal, podía contratar un asistente. Y me contrató en esa época en la que yo, recién casado, buscaba varios empleos para sobrevivir. Llegué a tener siete. Como asistente del bibliotecario del Club, mis obligaciones consistían en registrar los libros que se iban comprando, pero fuese por falta de dinero o por negligencia, ya no se compraban libros, y entonces yo tenía las dos horas que debía estar allí para leer y escribir. Estoy enormemente agradecido al Club, porque en esas dos horas descubrí, en un cuartito del cuarto piso, escondida detrás de un discreto biombo, una colección de libros eróticos franceses maravillosa. Estaban, por ejemplo, los veinte o veintidós tomos de *Les maitres de l'amour*, «Los maestros del amor», la colección dirigida por Guillaume Apollinaire, muchos de los cuales habían sido prologados por el mismo. Era una literatura exquisita que los socios tenían allí, libros que claramente había comprado un bibliotecario con gran predilección por el erotismo

de sesgo francés y con los fondos de la oligarquía peruana. De tal manera que a la oligarquía peruana yo le debo toda mi cultura y mi formación erótica.

Morir de frío

Poco después, a fines de los años cincuenta, llegué a Madrid con una beca y me instalé a leer novelas en el salón de lecturas de esta Biblioteca Nacional, que era, a diferencia de lo que es ahora, un lugar donde no se moría de frío. No había calefacción. Entonces, en invierno, había que leer con abrigo y a veces hasta con guantes, porque realmente uno desafiaba la pulmonía. Y recuerdo ese año y medio por todas las novelas de caballería que leí en esta biblioteca. La colección desde luego es soberbia. Yo había descubierto el género en Lima gracias al *Tirant lo Blanch*, que leí en la biblioteca de San Marcos; es una novela que me impresionó muchísimo, no solo como lector, sino como escritor. Y entonces empecé a leer novelas de caballería y casi todas las tardes de la semana iba a la biblioteca a leer una por una toda la colección de los amadises, los esplandines, hasta que encontré un libro -cosa extraña- de caballería francés, el *Lancelot du Lac*, que no se podía sacar sin un permiso eclesiástico.

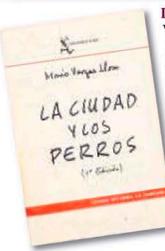
El Madrid del que estamos hablando es el de fines de los cincuenta, no tiene nada que ver con el Madrid moderno, cosmopolita, enorme de la ac-



tualidad. Era un Madrid muy cerrado, muy ensimismado, muy incomunicado con lo que ocurría en el resto del mundo. Yo estaba haciendo los cursos del doctorado en la Complutense, y recuerdo que en 1958 retiraron de la biblioteca del departamento de Filología Hispánica todos los volúmenes de la *Revista de Occidente*, de Ortega y Gasset, que yo ya había empezado a leer. Era, pues, una ciudad pequeña y muy provinciana. Ahora, tenía también un enorme encanto. Uno podía seguir la trayectoria de las novelas de Pérez Galdós, *Fortunata y Jacinta*, por ejemplo, porque esa Madrid estaba todavía allí.

Un camarero bizco

Madrid no solo es hoy mi residencia más habitual, sino que allí escribí mi primera novela, en una tasca que ya desapareció. El Jute, en la esquina de Menéndez Pelayo y Doctor Castelo. Tenía las clases en la universidad en la mañana y por la tarde podía dedicarme a leer y a escribir. Y siempre pasaba unas horas allí, en esa tasca típicamente madrileña, muy simpática, donde había un camarero bizco que me ponía muy nervioso porque se acercaba a leer por sobre mi hombro lo que estaba escribiendo. La primera versión de *La ciudad y los perros* la escribí allí. Por lo demás, buena parte de mi obra la he escrito en bibliotecas o en cafés. Trabajar en bibliotecas, leer y escribir en ellas, era algo que yo hacía desde Lima. Tanto cuando era estudiante universitario, en la biblioteca de San Marcos, que era muy bonita, una vieja biblioteca lle-



PISTOLETAZO DE SALIDA
Vargas Llosa publica su ópera prima, «La ciudad y los perros», en 1963. Por entonces vive en España. Son los años de su amistad con García Márquez. Arriba, con los miembros del jurado del Premio Biblioteca Breve 1970. Debajo, con José Donoso, Gabo y sus esposas

na de telarañas y con cierto aire un poco colonial todavía, como después en la Biblioteca Nacional, que era la mejor biblioteca que había entonces en el Perú.

Siempre a mano

Posteriormente he trabajado mucho en esta biblioteca y también en la Nacional de Francia, que estaba en la Plaza de la Bolsa. Pero quizá la que más me emociona y me produce mayor nostalgia es la British Library, no la actual, sino la antigua biblioteca de Londres, la que funcionaba dentro del Museo Británico, en esa sala gigantesca con esa

cupula maravillosa. Creo que allí sí, todos los años que viví en Inglaterra, pasé varios días a la semana trabajando por las tardes. Era un placer enorme, no solo por su riquísima colección, sino porque en esa sala, alrededor de las mesas de lectura, había unos asientos muy confortables donde podía sentarme a leer en una atmósfera cálida, estimulante y con la impresión de estar rodeado por los ojos de sabios, poetas, pensadores y creadores inmensos. Muy cerca de donde yo me sentaba estaba el sillón con la tabla donde iba a trabajar Marx, que como se sabe escribió casi todos sus

ensayos filosóficos allí. Por eso sentí como la muerte de un familiar que la vieja British Library saliera del Museo Británico y se fuera a ese horrible edificio donde está ahora. En todas estas bibliotecas siempre he hecho fichas de lo que leía, y si de pronto una de esas anotaciones estimulaba mi imaginación, allí mismo sacaba mi libreta y me ponía a escribir, porque yo siempre he escrito a mano, todo, novelas, ensayos y artículos periodísticos. Actualmente, cuando voy a

LA PRIMERA VERSIÓN ME GUSTA QUE SALGA DE LA MANO, EN UNA BIBLIOTECA

una biblioteca, cuando pienso en el inmenso placer que me han deparado las bibliotecas y lo bien que he trabajado en todas ellas estimuladas por esos millares de millares de libros en los que está depositado el conocimiento y la fantasía literaria de tantos siglos, pienso con tristeza que quizás la mía sea la última generación que conozca una experiencia semejante si, como no es imposible ya pensar, las nuevas generaciones de escritores trabajarán rodeadas de pantallas en vez de estantes y la materia de los libros no será el papel sino el cristal líquido de las computadoras.

Cuando pienso en el inmenso placer que me han deparado las bibliotecas y lo bien que he trabajado en todas ellas estimuladas por esos millares de millares de libros en los que está depositado el conocimiento y la fantasía literaria de tantos siglos, pienso con tristeza que quizás la mía sea la última generación que conozca una experiencia semejante si, como no es imposible ya pensar, las nuevas generaciones de escritores trabajarán rodeadas de pantallas en vez de estantes y la materia de los libros no será el papel sino el cristal líquido de las computadoras.

EMERSON WELSH DRUGA BURKA (1911)

EMERSON LEOPOLDO PANIBERO INEDITO (1911)

ARTE OTROS 80 SON POSIBLES (1911)

ABC cultural

A una semana de que abra sus puertas la Feria del Libro de Madrid, ofrecemos este número especial dedicado al origen de su literatura y de los libros que lo convirtieron en escritor

«Siempre he dicho que lo más importante que me ha pasado en la vida ha sido aprender a leer...»

Vargas Llosa *regresa a su infancia literaria en un texto exclusivo*

Portada

El nacimiento de un lector voraz

A una semana de que abra sus puertas la Feria del Libro de Madrid, ofrecemos este número especial dedicado al origen de su literatura y de los libros que lo convirtieron en escritor

Por Mario Vargas Llosa

El peregrino
Mandorlan
La casa

«Siempre he dicho que lo más importante que me ha pasado en la vida ha sido aprender a leer...»

Vargas Llosa *regresa a su infancia literaria en un texto exclusivo*

Siempre he dicho que lo más importante que me ha pasado en la vida ha sido aprender a leer. En mi infancia, en el Perú, la biblioteca era un lugar sagrado, un espacio donde se respiraba el olor de los libros y se escuchaban las historias que ellos contaban. Fue allí donde descubrí el mundo de la literatura y donde me despertó el amor por la lectura. Este número especial de ABC cultural celebra el nacimiento de un lector voraz, un lector que ha encontrado en los libros su mundo y su hogar.

En esta sección, Mario Vargas Llosa nos cuenta cómo fue su experiencia en la biblioteca de San Marcos y cómo descubrió el mundo de la literatura. También nos habla de su amistad con García Márquez y de su experiencia en la biblioteca de la Universidad de Lima. Un texto que nos recuerda que la biblioteca es un espacio sagrado, un lugar donde se respira el olor de los libros y se escuchan las historias que ellos contaban.

Este número especial de ABC cultural celebra el nacimiento de un lector voraz, un lector que ha encontrado en los libros su mundo y su hogar. En esta sección, Mario Vargas Llosa nos cuenta cómo fue su experiencia en la biblioteca de San Marcos y cómo descubrió el mundo de la literatura. También nos habla de su amistad con García Márquez y de su experiencia en la biblioteca de la Universidad de Lima. Un texto que nos recuerda que la biblioteca es un espacio sagrado, un lugar donde se respira el olor de los libros y se escuchan las historias que ellos contaban.